

## AGENDA CIUDADANA

### CUANDO LA POLITICA NO ES MAS QUE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS

Lorenzo Meyer

**La Guerra.**- El enfrentamiento entre el Jefe de Gobierno de la Ciudad de México y el gobierno federal ha llegado a niveles no conocidos ni deseados desde, por lo menos, la primera mitad del siglo XX. En las condiciones actuales lo realmente preocupante no es tanto la dureza del choque –se supone que la democracia la aguanta--, sino la energía que se gasta y lo pobre de las razones de la disputa: sórdidos actos de corrupción de miembros del círculo interno del jefe del gobierno capitalino y una innegable voluntad del gobierno federal y de su partido de explotar al máximo la situación para destruir el proyecto presidencial de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), antes de que nazca.

**El Asedio al Puntero.**- Desde fines del 2002 e inicios del 2003, las encuestas de opinión mostraron que el Jefe de Gobierno del Distrito Federal había empezado a destacar dentro del muy heterogéneo grupo de posibles sucesores de un presidente que ya daba claras señales de agotamiento. Y aquí como en cualquier otro sistema competitivo, la lógica del conjunto no es emparejarse con el puntero sino destruirlo, pues con su caída aumentan las posibilidades de cada uno de los demás: gobernadores, líderes de partidos, secretarios de Estado e incluso la esposa del presidente. Y 2004 es el año adecuado para hacer tal operación, pues al siguiente AMLO ya tendría que haber concretado su obra de gobierno, renunciado al cargo y presentado su plataforma presidencial.

El punto más vulnerable de AMLO --como de cualquier otro gobernante en México--, es el de la corrupción, ya sea personal o de su equipo. Y lo anterior es especialmente cierto porque este personaje, sostenido por su propia biografía, decidió

hacer de la honestidad la principal bandera de su campaña, pues es la mejor forma de diferenciarse de sus adversarios, en particular de Carlos Madrazo y del PRI.

El mes pasado fueron presentados por las grandes cadenas televisoras tres videos que mostraban al líder de la mayoría legislativa capitalinas (y ex secretario particular de AMLO) y a un jefe delegacional, recibiendo dinero de un empresario contratista de la obra pública capitalina y al secretario de Finanzas jugando en uno de los casinos de mayor lujo en Las Vegas. Con la difusión de esas imágenes, el fundamento mismo de la personalidad política del puntero en la brutal carrera presidencial, sufrió un golpe tan severo que sus adversarios esperan que ya no pueda reponerse o que, al menos, lo baje al nivel del resto. Y por si la puntilla fuera necesaria, el gobierno federal ha iniciado el procedimiento para fincarle responsabilidades legales a AMLO, no por corrupción, sino por “difamación y obstrucción de la justicia”, por un uso supuestamente indebido de documentos que el Jefe de Gobierno ha sacado para defenderse. Llevado al límite, el enfrentamiento puede hacer que el precandidato más fuerte quede inhabilitado para seguir en la gran competencia política. Mal camino si lo que supuestamente necesitamos es consolidar una democracia muy frágil.

La Defensa.- Desde el inicio, la defensa de AMLO ha sido la de denunciar una conspiración del gobierno federal (y del ex presidente Carlos Salinas) en su contra. Quizá el hecho que más claramente apuntala este argumento, es que todos los personajes directamente involucrados han terminado por ser perdedores, y los posibles ganadores están fuera del cuadro. Desde luego que perdieron los tres personajes expuestos con videos pero también Carlos Ahumada --empresario de segundo nivel en la multimillonaria industria de la construcción--, que primero sobornó a los perredistas y luego los denunció por medio de gravarlos en el acto. Ahumada preparó e hizo públicos los videos de la entrega de dinero a René Bejarano y a Carlos Imaz, pero finalmente no

hay racionalidad en su acción, fue un acto casi suicida, inexplicable en una persona acostumbrada a actuar bajo el único principio de ganar y a lo grande. Ahumada, en este caso, parece una especie de Mario Aburto que abiertamente se lanza a eliminar políticamente a un virtual candidato presidencial, a sabiendas que ello implica comprometer el futuro de sus empresas y que él mismo se convierta en objeto de pesquisas, desde los pasaportes obtenidos con documentación falsa, cobros millonarios por obras no realizadas hasta lavado de dinero. La lógica de semejante actuación no se entiende a menos que se suponga la existencia de un nivel de decisión superior al de Ahumada.

Lo Realmente Importante.- La conspiración contra AMLO puede existir, pero desde la perspectiva ciudadana ese no puede ser el punto central, el corazón del problema y de la defensa. Desde tiempos inmemoriales ha existido en México una gran distancia entre gobernantes y gobernados. Por siglos, el ámbito en que se ha formado, desarrollado y actuado la clase política mexicana, ha sido cerrado. Las disputas entre las “familias” del grupo administrador de lo público, han sido en buena medida ajenas a los intereses de la mayoría, aunque siempre se han justificado en su nombre. Y la situación hoy no es muy diferente, salvo porque los medios han convertido la pugna en espectáculo realmente público y popular. Las luchas entre el virrey y la Audiencia sólo podían ser conocidas y entendidas por un puñado; en el siglo XIX la disputa entre monárquicos y republicanos sólo la conoció el pueblo cuando se convirtió en guerra civil. Hoy la televisión ha puesto la lucha entre AMLO y el gobierno a disposición de todo el público al bajarla al nivel de “Big Brother”, pero eso no quiere decir que a ese público masivo le interese mucho si el tipo de documentos usados por el Jefe de Gobierno interfieren o no con una averiguación de la PGR o si fue o no Hacienda la que filtró la información recibida desde Estados Unidos sobre el hoy prófugo ex secretario de

**Finanzas. Desde hace siglos, el mexicano promedio recela de los políticos, tiene fundadas sospechas de la corrupción generalizada de “los que mandan” y de la humillación que eso ha significado para una mayoría que sólo es objeto de la política, casi nunca sujeto.**

**Justamente por esa centenaria desconfianza respecto de su clase gobernante, el ganar la confianza del ciudadano requiere, entre otras cosas, de una lucha clara y efectiva –que se vea— contra la corrupción. Y es en este punto donde la defensa de AMLO deja que desear. El Jefe de Gobierno ha elaborado su alegato como si sólo tuviera que argumentar con sus pares, los políticos y no con sus electores potenciales. Una y otra vez AMLO ha usado la tribuna para explicar la conducta de sus adversarios: el complot de la PGR, la participación del siempre tenebroso CISEN, los documentos provenientes de informes del gobierno norteamericano, etcétera. Sin embargo, esa línea de argumentación simplemente pasa por encima de las cabezas del mexicano que no es parte de los círculos de poder y que, por defensa propia, desconfía de toda autoridad y de la política. En ese contexto, los videos son un discurso más fuerte y efectivo que el del complot.**

**Posiblemente, la mejor defensa de quien hasta ahora sigue siendo el personaje mejor posicionado para articular y encabezar un proyecto de izquierda en el 2006 – AMLO--, es justamente la que aún no ha usado: aceptar sin regateos la parte de responsabilidad que le corresponde a su gobierno y explicar el por qué de la corrupción descubierta en su partido y su Secretaría de Finanzas. AMLO debe adoptar el papel de cirujano experto y abrir de un tajo la parte enferma de corrupción del cuerpo de esa izquierda que él representa, exponerla con honestidad y crudeza a la República, para luego proponer la forma en que se puede atacar el mal. Solo después puede existir la legitimidad moral y la posibilidad práctica de argumentar la existencia del complot y**

enfrentar el proyecto de la derecha, sobre todo el de su parte más perversa, esa donde se supone que actúa el ex presidente Carlos Salinas.

**Todos Salen Afectados.** Obviamente no es deseable para la consolidación de la democracia mexicana que hayamos llegado a una situación como la actual donde, para caracterizarla, se debe poner de cabeza una clásica definición hecha en el siglo XIX por el general Carl Phillipp Gottlieb von Clausewitz, y afirmar que hoy es la política la que casi se ha convertido en una guerra. Hace apenas cuatro años que México inició su largamente pospuesta marcha por el camino de la democracia, pero ya contempla entre desilusionado, alarmado e irritado, como los más altos dirigentes (mal)gastan sus energías en una sucia lucha interna y sin cuartel, mientras dejan que los procesos económicos, sociales, jurídicos o culturales, se muevan sin orden ni concierto, impulsados sólo por la inercia. En fin, que hoy quienes tienen la responsabilidad de dirigir la nave del Estado mexicano dan la impresión de estar básicamente dedicados a desprestigiarse los unos a los otros, mientras el barco en el que viajamos todos, y del que todos ellos son responsables, simplemente navega sin rumbo, a la deriva.

**Lo que Debería Ser.-** En el discurso que pronunció José Luis Rodríguez Zapatero al asumir su cargo como jefe del gobierno español, resumió en cinco puntos o ejes su programa de gobierno. Nos conviene fijarnos en el primero: el de la renovación de la vida pública. Si la democracia española que viene de raíces no muy distintas de las nuestras pero a la que ya se le puede considerar consolidada —acaba de cumplir un cuarto de siglo de vida— y con una buena base económica aún requiere, según su nuevo líder, de una renovación a fondo porque “la sociedad se ha mostrado, en muchas ocasiones, más viva y dinámica que la política”, pues con mayor razón tendríamos nosotros que decir y hacer lo mismo. Pero de manera más enfática, más urgente, pues en términos relativos, lo que aquí está en juego es la viabilidad misma de la democracia.

Si en la España que comparte la prosperidad de la Unión Europea, la sociedad se ha mostrado insatisfecha con la naturaleza de su proceso político y por eso cambió a los responsables del gobierno ¿qué podríamos decir nosotros, en un México donde la insatisfacción es mayor? La forma como se está llevando a cabo la disputa por el futuro de nuestra muy imperfecta democracia política, está afectando a todos. En primer lugar a la propia clase política, pues el resultado neto de la forma y el contenido de sus choques, los desprestigia a todos. Aquí también hay algo suicida, pues si individualmente el presidente o el Jefe de Gobierno, aquel diputado, ese senador, el “señor secretario” o “la primera dama” pueden creer que en tal o cual jugada se anotan un tanto, la verdad es que la nave del Estado, donde vamos todos, se deteriora con cada golpe.

El “desencanto democrático” en México es generalizado y el ciudadano normal ha perdido los referentes políticos que se abrieron con el advenimiento de cambio de régimen: que el fin del autoritarismo facilitaría el crecimiento económico, la eficacia y honestidad en el manejo de los bienes y los asuntos públicos, la transformación de la naturaleza del proceso que imparte la justicia, la instauración de una política sólida para combatir la pobreza, un cambio positivo en la calidad de la educación y, en general, la elaboración de un proyecto colectivo de un futuro que justificara los sacrificios pasados y presentes.

Nada de eso ha sucedido ni hay elementos que nos hagan suponer que están por suceder. Como pintan las cosas, en el mejor de los casos, los mexicanos tendremos que esperar --perder-- un par de años más antes de que, al final del sexenio, se abra la oportunidad de volver a plantear los grandes problemas nacionales y la imperiosa necesidad de una auténtica renovación de lo que ha sido, entre nosotros, el quehacer político. Y mientras ese momento llega, lo mejor es que el inevitable conflicto político se

**lleve con prudencia, con medida, pues de seguir como vamos la frágil nave del Estado mexicano puede si no zozobrar si encallar, y eso no conviene a nadie.**